

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE VALLADOLID

Medicina, Humanismo y Lengua en Castilla

Discurso leído por el Ilmo. Sr.

Dr. D. Juan Riera Palmero

en el solemne acto de su recepción pública
celebrado el día 17 de Mayo de 2002

y contestación del Ilmo. Sr.

Dr. D. Claudio Miguel García Muñoz

Académico de número



Valladolid

2002

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE VALLADOLID

Medicina, Humanismo y Lengua en Castilla

Discurso leído por el Ilmo. Sr.

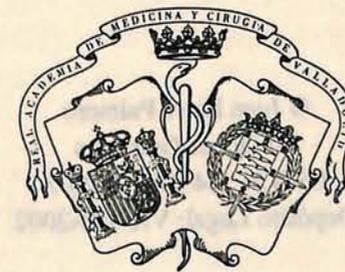
Dr. D. Juan Riera Palmero

en el solemne acto de su recepción pública
celebrado el día 17 de Mayo de 2002

y contestación del Ilmo. Sr.

Dr. D. Claudio Miguel García Muñoz

Académico de número



Valladolid

2002

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGIA DE VALENCIA

Medicina, Humanismo Y Lenguaje en Castilla

Dr. D. Juan Riera Palmero

Dr. D. Claudio Miral García Muñoz

© Juan Riera Palmero
Ediciones Grapheus
I.S.B.N.: 84-8747-3-25-3
Depósito Legal: VA-388-2002

DISCURSO DEL ILMO. SR.

DR. D.

«L'histoire de la Médecine est, bien évidemment,
l'affaire des médecins dont l'expérience professionnelle
et humaine est, en ce domaine irremplaçable»

Guy Beaujouan (*Médecine humaine et Vétérinaire.*
Paris, 1966)

Excmo Sr. Presidente,

Excmos. e Ilmos. Sres.

Sros. y Sres.

Agradecemos a esta Real Corporación el honor que me otorga por la designación que formalizó en su día al conmemorarse académicamente. Antes de pronunciar mi lección de ingreso como académico, quisiera expresar unas palabras de homenaje y recuerdo, a cuantos pertenecieron y pertenecen a esta Real Academia de Médicos y Cirujanos, y muy singularmente a quienes con interés y curiosidad a mi ingreso, se interesaron y se interesaron, por el pasado del saber y que fueron y fueron.

Desde sus orígenes la Real Academia, en forma de reuniones académicas, mantuvo el interés por la historia de la medicina a lo largo del siglo XVIII, durante el cual se crearon las primeras disciplinas académicas en el seno de la Academia, y se otorgó el cargo de Secretario de la Academia a un profesional de la medicina.

DISCURSO DEL ILMO. SR.

DR. D. JUAN RIERA PALMERO

En su empeño a mantener vivo el cultivo de la disciplina. Sin querer hacer un balance pormenorizado, sirven de ejemplo los nombres y la obra de León Corral y Maestro, Isidoro de la Villa y Sanz, Miguel Sebastián García, César Fernández Ruiz, Emilio Zapatero Ballasteros, doctor en esta última de la disciplina en la Facultad de Medicina, José María Bohate de Heredia, estudioso de la obra de Daza Cusaco, Braulio Sánchez y Sánchez Villares, que contribuyó al conocimiento de la historia de la Podiatría, y sobre todo el ilustre académico, historiador y médico vallisoletano, Leopoldo Cortés de Villanueva, en quien encontramos sobrados méritos para figurar entre los más brillantes historiadores de la medicina española, lista de académicos que fueron y que podían ser y fueron Médicos e incluso ilustres fueron los Académicos de Honor, Gregorio Marañón y Posadillo, Teófilo Fernando Ortega y Pedro Laín Entralgo.

Asimismo, entre los académicos actuales, figuran en su haber numerosas obras sobre el pasado de la medicina, de las que sólo cito

© Juan Riera Palmero
Biblioteca de Historia de la Medicina
I.S.B.N. 84-7474-4-0-3
Deposito Legal: Val. 288-2002

Excmo Sr. Presidente.

Excmos. e Ilmos. Sres.

Sras. y Sres.

Agradezco a esta Real Corporación el honor que me otorga por la designación que formuló en su día al nombrarme académico electo. Antes de pronunciar mi lección de ingreso como académico, quisiera expresar unas palabras de homenaje y recuerdo, a cuantos pertenecieron y pertenecen a esta Real Academia de Medicina y Cirugía, y muy singularmente a quienes con anterioridad a mi ingreso, en buena medida se interesaron y se interesan, por el pasado del saber y quehacer médico. Desde sus orígenes la Real Academia, en forma de memorias manuscritas, atestigua el interés por la historia de la medicina a lo largo del siglo XVIII; durante el Ochocientos reiteraron el cultivo de nuestra disciplina académicos eminentes como Andrés de Laorden, que ostentó asimismo el cargo de Rector de nuestra Universidad. Destacados clínicos y profesionales, miembros de esta Real Academia, han contribuido con su esfuerzo a mantener vivo el cultivo de la disciplina. Sin querer hacer un balance pormenorizado, sirvan de ejemplo los nombres y la obra de León Corral y Maestro, Isidoro de la Villa y Sanz, Misael Bañuelos García, César Fernández Ruiz, Emilio Zapatero Ballesteros, docente este último de la disciplina en la Facultad de Medicina, José María Beltrán de Heredia, estudioso de la obra de Daza Chacón, Ernesto Sánchez y Sánchez Villares, que contribuyó al conocimiento de la historia de la Pediatría, y sobre todo el ilustre académico, historiador y médico vallisoletano, Leopoldo Cortejoso Villanueva, en quien concurrieron sobrados méritos para figurar entre los más brillantes historiadores de la medicina española, lista de académicos que fueron y que podríamos engrosar. Médicos e historiadores fueron los Académicos de Honor, Gregorio Marañón y Posadillo, Teófilo Hernando Ortega y Pedro Laín Entralgo.

Asimismo, entre los académicos actuales, figuran en su haber numerosos trabajos sobre el pasado de la medicina, de los que sólo como

referencia provisional y apresurada, citaré algunos, como César Aguirre Viani, estudioso y excelente conocedor de la historia de la escuela cajaliana, Miguel María Sánchez Martín, autor de un leidísimo y riguroso libro sobre la historia de la Cirugía, Traumatología y Ortopedia, Olegario Ortiz Manchado, conocedor del pasado de la Patología general en España, y asimismo Claudio Miguel García Muñoz, autor de una aportación, la primera en su género, al pasado de la colegiación médica en Valladolid, y de la historia de la Dermatología. X

Este reiterado interés de la Real Academia por la historia de la medicina creo, es el motivo, y no los merecimientos propios, razón que con generosidad ha esgrimido esta Corporación al designarme académico electo. No puedo silenciar la deuda de gratitud que ello supone, a quienes me promovieron, entre cuyos nombres al menos dos quisiera recordar con devoción, los académicos y catedráticos que fueron, Ernesto Sánchez y Sánchez Villares y José Ramón del Sol Fernández, sin cuyo personal aliento no se hubiera hecho realidad mi definitiva vinculación al claustro de profesores de nuestra Universidad. En última instancia, mis palabras se dirigen al Excmo. Sr. Presidente D. Pedro Alvarez Quiñones, con quien compartí como secretario tareas de responsabilidad en la Facultad de Medicina de Valladolid, tan distinta de la actual, cuando él ocupaba el cargo de Decano. Al académico y profesor Pedro Alvarez Quiñones quiero reconocer públicamente su inestimable ayuda, apoyo y generosidad, cuya amistad me ha honrado siempre. Debo al mismo tiempo agradecer a mi maestro, profesor Luis Sánchez Granjel, a quien tanto debo y proclamo, el aprendizaje y oficio de historiador de la medicina, con quien vengo manteniendo una relación científica, académica y sobre todo mi profunda admiración, al estudioso más importante y al mejor conocedor de la historia de la medicina en España. X

Mi incorporación a esta Real Academia obedece al clima de interés y sensibilidad de la Corporación por las Humanidades Médicas, entre las cuales figura la Historia de la Medicina junto a la Ética Médica y Antropología Médica. Este espíritu humanista de reflexión y estudio sobre el ser y sentido de la medicina, constituye el punto de encuentro XX

de los profesionales y académicos, en el que el historiador de la medicina puede y debe contribuir aportando el método histórico. La historia de la medicina es el intento de abarcar y comprender el sentido de la medicina y la enfermedad a través del tiempo y del espacio, la dimensión social de la enfermedad, y la experiencia del médico como profesional especializado, designado por la comunidad por sus conocimientos técnicos. La necesidad de potenciar, más si cabe, esta reflexión en el seno de la Real Academia, y el papel que las Humanidades Médicas deben jugar en la medicina del siglo XXI, será cuestión preferente en la labor a la cual, y desde ahora mismo, me ofrezco sin reservas en el trabajo que ocupa la labor de la Academia. Si las Reales Academias surgieron en el siglo XVIII ante el desfasado panorama de la Universidad, a tres siglos de distancia, hoy las Reales Academias de Medicina y Cirugía pueden aportar esta perspectiva humanística que ha ido perdiendo parcelas y cotas de interés en los nuevos y novísimos planes de estudio. Se trata de hacer compatible el necesario y deseable progreso técnico, sin perder la dimensión humana del acto médico, y a la postre al hombre como protagonista y destinatario de la acción curadora del médico. X

El Renacimiento en Castilla

X El Renacimiento en Castilla parte de la reforma de la corte de los Reyes Católicos en 1492 y se prolonga hasta el siglo XVI. Con relación al pensamiento, el Renacimiento en Castilla se caracteriza por el interés por la antigüedad o el arte renacentista en sus diferentes aspectos, la creación de obras de arte y literatura que reflejan la cultura renacentista.

MEDICINA, HUMANISMO Y LENGUA EN CASTILLA (SIGLO XVI)

Los cambios científicos que resultan del Renacimiento y a lo largo de la historia de la medicina son profundos y transforman la práctica y el pensamiento. La aparición de la imprenta, el descubrimiento de América, el surgimiento de un nuevo espíritu científico y el Renacimiento. Con estos cambios se abre un nuevo período de la historia de la medicina española como forma de pensamiento que se abre en el siglo XVI. Los grandes textos renacentistas de la medicina española son los tratados de medicina, cirugía y anatomía, como el tratado de cirugía de Juan Valverde de Amusco y el tratado de anatomía de Andrés Vesalio.

El Renacimiento en Castilla parte de la reforma de la corte de los Reyes Católicos en 1492 y se prolonga hasta el siglo XVI. Con relación al pensamiento, el Renacimiento en Castilla se caracteriza por el interés por la antigüedad o el arte renacentista en sus aspectos, la creación de obras de arte y literatura que reflejan la cultura renacentista.

Los cambios científicos que resultan del Renacimiento y a lo largo de la historia de la medicina son profundos y transforman la práctica y el pensamiento. La aparición de la imprenta, el descubrimiento de América, el surgimiento de un nuevo espíritu científico y el Renacimiento. Con estos cambios se abre un nuevo período de la historia de la medicina española como forma de pensamiento que se abre en el siglo XVI. Los grandes textos renacentistas de la medicina española son los tratados de medicina, cirugía y anatomía, como el tratado de cirugía de Juan Valverde de Amusco y el tratado de anatomía de Andrés Vesalio.

Los cambios científicos que resultan del Renacimiento y a lo largo de la historia de la medicina son profundos y transforman la práctica y el pensamiento. La aparición de la imprenta, el descubrimiento de América, el surgimiento de un nuevo espíritu científico y el Renacimiento. Con estos cambios se abre un nuevo período de la historia de la medicina española como forma de pensamiento que se abre en el siglo XVI. Los grandes textos renacentistas de la medicina española son los tratados de medicina, cirugía y anatomía, como el tratado de cirugía de Juan Valverde de Amusco y el tratado de anatomía de Andrés Vesalio.

Los cambios científicos que resultan del Renacimiento y a lo largo de la historia de la medicina son profundos y transforman la práctica y el pensamiento. La aparición de la imprenta, el descubrimiento de América, el surgimiento de un nuevo espíritu científico y el Renacimiento. Con estos cambios se abre un nuevo período de la historia de la medicina española como forma de pensamiento que se abre en el siglo XVI. Los grandes textos renacentistas de la medicina española son los tratados de medicina, cirugía y anatomía, como el tratado de cirugía de Juan Valverde de Amusco y el tratado de anatomía de Andrés Vesalio.

El Renacimiento en Castilla

X El Renacimiento se inicia en la Corona de Castilla con el reinado de los Reyes Católicos en 1479 y se prolonga durante el siglo XVI. Con relación al pensamiento médico y científico, debe considerarse como Renacimiento todo el reinado de Felipe II, pues aunque la religiosidad o el arte anticipen en unos decenios un giro barroco, la creación científica siguió las directrices renacentistas hasta 1600, fecha en la que todavía se siguen imprimiendo los grandes textos científicos renacentistas.

Las transformaciones políticas, así como el auge social y económico de Castilla a partir del reinado de Carlos I, hicieron posible una fecunda comunicación con Europa, con un notable incremento de la actividad científica. Sin embargo este esperanzador comienzo de la «modernidad» se verá truncado en la segunda mitad del siglo XVI. Aunque hasta 1600 se mantuvo un auge visible, no es menos cierto que la política cultural sufrió un giro desde la Pragmática dada por Felipe II el 22 de noviembre de 1559, que acabará agostando la definitiva incorporación española al nacimiento de la Ciencia y Medicina modernas, este retroceso alcanzó un marcado hundimiento en la centuria siguiente.

Los saberes científicos desde finales del *Cuatrocientos* y a lo largo de la centuria siguiente sufrieron una profunda transformación cualitativa y cuantitativa. La aparición del nuevo recurso técnico, la imprenta, permitió incrementar la difusión del saber, surgiendo así un nuevo mercado del libro en la Europa del Renacimiento. Con cierto rigor no puede hablarse de «modernidad» hasta bien avanzado el primer tercio del *Quinientos*, de forma que la historiografía de la ciencia apunta como fecha emblemática el año 1543, cuando se difunden los dos grandes textos modernos: la obra de Nicolás Copérnico (*De revolutionibus orbium coelestium*), punto de partida de la moderna concepción del Universo, y la obra de Andrés Vesalio (*De humani*

corporis fabrica libri septem) que inauguraba una nueva visión de la realidad humana.

A pesar de los tímidos apuntes de modernidad en los años finales del siglo XV, el nacimiento de la Medicina moderna debe reservarse para la centuria del *Quinientos*. La Medicina renacentista fue el resultado final de un esfuerzo continuado que se venía gestando desde los siglos bajomedievales, proceso que sufrió un giro brusco en el primer tercio del siglo XVI. Colaboraron en este auge renacentista las transformaciones políticas, sociales y económicas acaecidas en el Occidente europeo, cambios que acabaron por derrocar la antigua imagen del cosmos, y del hombre, sentando las bases de la modernidad.

Los cambios operados en la sociedad renacentista afectaron hondamente a la cultura y saber humano, a la religiosidad, a las costumbres, incluso a la organización política, germen del Estado moderno. Con relación a la medicina, ciencia y cultura fue decisiva la aparición y difusión del recurso técnico de la imprenta, y en segundo lugar el afianzamiento de las lenguas nacionales como medio de comunicación científica. Entre los rasgos más acusadamente modernos, junto a los viajes y descubrimientos geográficos, debe figurar el incremento de la riqueza y población europea, el afianzamiento del Estado, la mayor complejidad de la organización social, y una marcada tendencia a la centralización del poder en ámbitos nacionales.

El cultivo de la Medicina y de la Ciencia se vio favorecido por el crecimiento ostensible del marco urbano, por otra parte la institución universitaria alumbró un vigoroso movimiento humanista empeñado en la recuperación de la tradición antigua. La mayor demanda editorial, la multiplicación de los impresos, y su intenso comercio, mejoraron el nivel de conocimientos. Asimismo, las grandes reformas arquitectónicas, consolidaron nuevos hospitales potenciando de este modo la observación médica y el nacimiento de la clínica moderna. En este mismo orden de cosas, el incremento de los saberes y de los profesionales médicos y cirujanos permitieron una mejor cobertura sanitaria. Este nuevo clima vino a orientar la pesquisa del hombre renacentista, en pos de un afán y ansia de penetrar en el conocimiento del mundo

cósmico y de la realidad humana. Estos cambios se operaron paralelamente al pujante movimiento humanista que puso a prueba, con hondura y profundidad, el saber heredado del Medioevo, rescatando y sometiendo a crítica la Medicina recibida de la tradición clásica.

El criterio de autoridad, aceptado a lo largo del Medioevo, quedaba en entredicho cuando el hombre moderno concedió primacía a la experiencia del mundo real frente al saber libresco heredado. Aunque con matices específicos, la Corona de Castilla vivió en los dos primeros tercios del siglo XVI con la mirada puesta en la modernidad. La medicina castellana en la España del *Quinientos* compartió esta andadura moderna, sobre todo en los años centrales del siglo XVI, de clara proyección europea. Este auge colectivo de la vida española tuvo como escenario hegemónico a la Corona de Castilla.

Sin embargo el Renacimiento científico en España, y el movimiento humanista, no llegó a alcanzar el calado social y soporte institucional que tuvieron otros países europeos, sobre todo Italia. La posibilidad de estudiar en París, y el intenso contacto italianizante de la cultura humanista, fueron estímulos positivos de nuestra actividad científica, pero tal proyecto, por razones complejas, acabó quebrándose antes de finalizar el siglo XVI. Al escaso interés social por la creación científica en España, se unió el escolasticismo tradicional de nuestras universidades. El brillante comienzo del influjo erasmista vio pronto limitada su capacidad, directamente vigilado cuando no censurado por los tribunales inquisitoriales. España, y Castilla en particular, vieron alejarse de nuestro horizonte la posibilidad de consolidar una clase burguesa, capaz de aglutinar a su entorno una favorable acogida del progreso técnico y científico. El brillante panorama de la medicina española y los focos castellanos llenos de promesas, como Alcalá y Salamanca, quedaban desdibujados en los años finales de la centuria, para entrar en un marcado hundimiento a lo largo del siglo XVII.

El auge de Castilla en los siglos XV y XVI

Castilla conoció un período de vigoroso crecimiento a lo largo del siglo XV. El incremento de la población y de la producción agraria, junto al auge del impulso comercial e industrial estuvieron presentes en la sociedad castellana del Renacimiento. A la extensión de cultivos y rendimiento agrícola, debe sumarse el incremento mercantil. Los núcleos urbanos de la meseta del Duero ampliaron una densa red de ciudades con marcada vocación comercial; el desarrollo de la industria segoviana de paños, el comercio burgalés o las ferias de Medina del Campo, son algunos ejemplos del dinamismo que orientaba la sociedad castellana hacia una transición al capitalismo moderno. Conviene recordar que Castilla fue, durante esta centuria, el eje central de la vida peninsular, cuyo papel hegemónico, demográfico y político tuvo repercusiones en los ámbitos de la cultura, lengua y pensamiento científico.

La población durante el siglo XV en España, superada la crisis de la centuria precedente, alcanzaba los siete millones de habitantes a comienzos del Quinientos y los ocho millones a lo largo del siglo XVI. Esta favorable posición castellana contrastaba con el retroceso de la antigua confederación catalano-aragonesa, excepción hecha del Reino de Valencia. Estas bases demográficas y económicas determinaron el marcado carácter castellano de la vida española del siglo XVI. La mayor densidad y capacidad económica se situó a lo largo del eje Valladolid-Toledo, a ambas laderas del Guadarrama, donde tuvieron lugar los movimientos espirituales y se asentaron los focos universitarios de mayor importancia en la monarquía hispánica. A pesar del auge de una nueva burguesía adinerada, activa y emprendedora como los Simón Ruiz de Medina del Campo, el ideal castellano seguía siendo, en pleno siglo XVI, los valores nobiliarios, hasta el punto que los burgueses enriquecidos, optaron por ingresar en la casta de los hidalgos, estamento noble cuyo desprecio por el trabajo manual y mecánico fue negativo en el progreso material de Castilla. En las crisis económicas de Castilla, apenas promediado el siglo XVI, y en la fragilidad de su incipiente clase

burguesa, radica uno de los factores más importantes de la quiebra del pensamiento moderno en España.

El contrapunto de la vida económica de Castilla tuvo claro reflejo en las inquietudes y movimientos religiosos de la centuria. La espiritualidad castellana, y su vivencia más profunda, fue paralela al desarrollo urbano y económico del eje Valladolid-Toledo-Guadalajara. A los primeros momentos de apertura ideológica en los decenios iniciales del siglo XVI, sucedió una actitud contrarreformista desde 1545 con el Concilio tridentino. En esta primera etapa fue claro el influjo erasmista, mayor creatividad y libertad de pensamiento. El éxito de Erasmo en España, y los focos de herejía de algunas ciudades castellanas, determinó el viraje contrarreformista y el cierre ideológico de 1558-59. Este fenómeno tuvo repercusiones negativas en orden a la comunicación científica con Europa, y a la postre esta barrera acabó agostando las esperanzas de modernidad en España. La prohibición de cursar estudios en las Universidades extranjeras, decretada por Felipe II, fue una decisión nefasta para el cultivo de la ciencia que motivó el aislamiento de nuestras universidades. Estas circunstancias, unidas al endurecimiento de la persecución de luteranos e iluministas, conllevó la imposibilidad de asentar en suelo hispano un pensamiento crítico, rasgo esencial de la modernidad. Las fundadas esperanzas de Castilla y su hegemónico dinamismo durante la primera mitad del siglo XVI, acabaron recluyéndose en sí mismas, arrastrando consigo a los restantes reinos peninsulares.

El humanismo médico

En el ámbito de la medicina fue el humanismo el capítulo más novedoso del Renacimiento. Constituye un aspecto de un movimiento cultural de mayor amplitud que suponía una ruptura con la tradición arábigo-medieval en un doble sentido: doctrinal y lingüístico. El humanismo, cuyas raíces se hunden en el siglo XV, proclamaba un nuevo modelo literario y lingüístico, frente a la «barbarie» medieval; en

suma, los humanistas aspiraban a la belleza y pureza de la lengua y el arte antiguo en contraste con la «oscuridad» y el atraso medieval. Este movimiento elitista comprendía diferentes ramas de la cultura, incluyendo por supuesto la medicina y la ciencia. El humanismo español fue valorado por Luis Gil como un «enorme fracaso», sin embargo otros estudiosos como M. Bataillon o J.A. Maravall han formulado juicios más favorables. En esencia hay que aceptar la existencia de un genuino movimiento humanista en España, cuya amplitud sin embargo no llegó a encontrar el soporte social e institucional que hubiera sido deseable. Tardía y minoritaria, la pléyade de humanistas españoles tuvo su impronta más acusada en el ámbito castellano, sobre todo en las Universidades de Alcalá y Salamanca. El regreso de Nebrija de suelo italiano en 1473 fue el comienzo de la andadura humanista en España. X El reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón coincidió con la venida a España de los grandes humanistas italianos como Marineo Sículo o Pedro Mártir de Anglería.

Las Universidades castellanas antes citadas, Alcalá y Salamanca, conservaron el rescoldo humanista a lo largo del siglo XVI, donde se dieron cita los maestros formados en Italia, París y los Países Bajos, aprendizaje que forjaron en contacto con los grandes centros extranjeros. Algunos como el valenciano Luis Vives, movido por cuestiones ideológicas, se expatrió, marcha que fue la mayor pérdida del movimiento humanista peninsular. Para Luis Gil el comienzo del humanismo fue desolador, sugiere que a finales del siglo XV y comienzos del XVI, el desconocimiento del latín, base de la cultura humanista, era frecuente en ambientes universitarios. Los testimonios de Marineo Sículo son realmente estremecedores, parecen incluso excesivos, sobre todo cuando refiere que en Salamanca entre treinta profesores y más de siete mil alumnos nadie, excepto Diego Ramírez de Villaescusa, hablaba latín en términos de gramática. El testimonio de Marineo Sículo, sin embargo, lo corrobora Arias Barbosa, cuando afirma que la mayoría empleaba un latín macarrónico, mezcla de romance y latín. Este contexto influyó en la cultura humanista de nuestros médicos renacentistas, y más aún, en el uso del latín como lengua científica. Este

es uno de los motivos fundamentales que determinó la preferencia del romance castellano, como veremos más adelante.

La formación latina de nuestros médicos se forjaba en las Facultades de Artes, cuyo aprendizaje, a juzgar por los testimonios que poseemos, salvo excepciones, no debió pasar de superficial. Más modesta tuvo que ser la formación helenista de los escolares médicos.

El origen del humanismo español y de nuestra medicina renacentista es en buena parte de marcado influjo italiano. Médicos y humanistas se nutrieron en contacto con Italia y los Países Bajos; fueron los españoles residentes en estos centros, otros en París, quienes alentaron el primer entusiasmo humanista. Estas razones explican la gravedad y repercusiones, se dijo, del cierre cultural de Felipe II en 1559. El foco español más brillante se asentó en Alcalá, de cuyas aulas procedían escolares de toda la península, como el valenciano Jerónimo Ledesma, o el discípulo de Nebrija, Juan Andrés Estany, o los grandes médicos humanistas como Francisco Valles, Cristóbal de Vega o Fernando Mena. Otros, se dijo, se formaron en el extranjero, París, Montpellier y sobre todo Padua. Escolares patavinos fueron, entre otros, Pedro Jimeno y Luis Collado, discípulos de Vesalio, o el palentino Juan Valverde de Amusco, quien residió en Italia desde su primera juventud hasta los últimos días de su vida. Esta sucinta nómina, a la que podrían sumarse otros médicos y humanistas, fue una pequeña falange de brillantes figuras que por razones sociológicas e ideológicas sucumbieron a la siguiente generación. Durante los años de mayor esplendor del foco alcalaíno, no dejaron de escucharse voces críticas que denunciaban la escasa formación latina de nuestros médicos, como la sátira del autor del famoso *Viaje de Turquía*, obra atribuida al humanista segoviano X Andrés Laguna, o el *Diálogo del perfecto médico* de Pedro Mexía, situaciones reiteradas años más tarde en la obra del portugués afincado en Castilla, Enrique Jorge Enríquez, el *Retrato del Perfecto Médico* (1595), cuyas palabras que reproducimos seguidamente denunciaban la carencia de una sólida formación de los médicos salmantinos: «Pues no faltan otros, que con un año de Artes quieren oyr Medicina, y mayor mal es, que hay universidades, en las que no digo con un año sino con seys

meses mal cursados, y tres o quatro preguntas pasan a oyr medicina, y no se les niega el grado».

A pesar de estas dificultades y limitaciones, en Castilla cuajó un grupo de humanistas médicos, reunidos en torno a las Universidades de Alcalá y Salamanca, su existencia tuvo que luchar a contracorriente sin alcanzar el envidiable nivel del humanismo italiano. Sin embargo el ejercicio profesional, sus honorarios y la vinculación al Protomedicato y la Corona favoreció un considerable rango social y económico de nuestros médicos áulicos. Estas razones explican que las mejores bibliotecas científicas del Renacimiento estuvieran en manos de médicos, como la del vallisoletano Pedro Enríquez o del cirujano Francisco Díaz.

La producción científica

A lo largo del último cuarto del siglo XV los incunables científicos y médicos representan un diez por ciento de la bibliografía a la sazón circulante por Europa. Según recoge el catálogo de Arnold Klebs (*Incunabula scientifica et medica*), de unos tres mil incunables científicos estampados en el siglo XV, un treinta por ciento, es decir, unos mil corresponden a médicos o disciplinas afines a la Medicina. Los tres mil incunables científicos representan una décima parte de las treinta mil impresiones diferentes de la primera época de la labor editorial. La proporción es significativa para el Occidente europeo, cifras que proporcionalmente se repiten en el caso de la Corona de Castilla. Conviene por tanto subrayar la importante participación de la Medicina y los médicos en la actividad científica de los siglos XV y XVI, hasta el punto que esta disciplina constituye cuantitativamente la profesión y actividad editorial más importante dentre los diversos saberes científicos y técnicos. Esta situación se confirma al establecer una valoración global de la proporción de los profesionales médicos y sanitarios con relación a las restantes actividades científicas. En buena medida esta primacía se halla en estrecha relación, con la creciente demanda de

servicios sanitarios que experimentó el auge de las ciudades, y la sociedad urbana que inauguraba la modernidad.

Como se desprende de los repertorios y catálogos de incunables, se estima como cifra plausible para Europa que, antes de concluir el siglo XV, deben contabilizarse unos 650 autores científicos y unas 3.000 ediciones diferentes, aunque algunos estudiosos amplían esta cifra hasta 4.000 incunables. Con relación a la península ibérica el número de incunables científicos es de un centenar, y el de textos impresos a lo largo del siglo XVI de un millar aproximadamente, de los cuales casi un 75% corresponden a la Corona de Castilla. La gran mayoría de los incunables científicos están escritos en latín, muy pocos en griego (1%), ninguno en árabe y entre las lenguas nacionales se sitúan en orden decreciente el italiano, seguido del alemán y francés, castellano, inglés y a cierta distancia el portugués, catalán, holandés y checo.

El libro científico en España

Con cierta amplitud debemos considerar este período que, iniciado con la imprenta, se prolonga hasta finales del siglo XVI. En sus comienzos, entre 1461 y 1500, se lleva a cabo la introducción de la imprenta en la península. Es un período de transición que se afianzará a partir de los primeros años del siglo XVI. La producción científica durante los dos primeros tercios del Quinientos, concretamente hasta 1558, ofrece un balance de auge con respecto a la actividad editorial de libros de ciencia en España, manteniendo un decoroso nivel en el último tercio de la centuria. A juzgar por su volumen e importancia la aportación de la Corona de Castilla a la Ciencia peninsular del siglo XVI ocupó una posición hegemónica, pese a que la impresión de obras médicas y científicas de autores españoles tuvo lugar, tanto dentro, como fuera de las fronteras peninsulares. La dispersión geográfica de las ediciones de textos científicos de autores castellanos, a lo largo del Renacimiento, permite afirmar la estrecha comunicación con el resto de

Europa. A lo largo del siglo, en numerosas ciudades extranjeras se imprimen textos de autores castellanos, bien en versión latina o incluso en castellano. Las prensas de París, Venecia, Amberes, Roma, así como Francfort, Lovaina y Milán, entre otras, editaron libros españoles de Ciencia, hecho decisivo para entender la intensa actividad científica y su difusión en el ámbito europeo.

La participación hispánica correspondió en primer término a la aportación de la Corona de Castilla. Aragón se mantuvo, especialmente durante el siglo XV, en un decoroso nivel, experimentó un notable declive, excepción hecha de la ciudad de Valencia que siguió como el foco más activo de los reinos orientales de la península a lo largo del *Quinientos*. Los grandes centros editoriales de la Corona de Castilla fueron sin embargo Madrid, Sevilla, Alcalá de Henares y Salamanca, pese a que, tanto Valladolid como Medina del Campo, fueron importantes núcleos editoriales.

Los idiomas científicos

Las dos lenguas de información científica en Castilla durante el siglo XVI fueron el latín y el castellano; en cambio en Cataluña, Mallorca y Valencia, decreció la importancia que había tenido el catalán, siendo superado por el romance castellano, proceso complejo que ahora desborda nuestro tema. En Castilla hasta 1540 parece ostensible la preferencia por el latín, pero a medida que avanza la centuria creció visiblemente la opción por el castellano, lengua que acabó por imponerse al latín como vehículo de información científica en el ámbito peninsular. Las ediciones de libros de Ciencia escritos en romance castellano se multiplicaron entre 1540 a 1600, impresiones que se realizan en Castilla pero también en la Corona de Aragón (Barcelona, Valencia, Mallorca, Perpiñán) y fuera de la península. La importancia que adquiere el castellano se evidencia al comprobar que, incluso en suelo italiano, se imprimen libros escritos en el romance de

Castilla como la *Historia de la Composición del Cuerpo Humano* (Roma, 1556) del médico palentino Juan Valverde de Amusco.

La bibliografía científica en lengua castellana durante el siglo XVI, constituye una clara expresión del auge social, cultural, político y económico de la comunidad a la que servía. Las relaciones lengua-ciencia-sociedad parecen una lógica consecuencia de un proceso colectivo de afirmación. La opción por el castellano no fue casual, sino clara y deliberada. En los prólogos los autores declaran su preferencia justificando el abandono del latín, lo cual a la postre conllevaba un enriquecimiento lexicográfico para la lengua. Era la utilización del propio idioma para formular y dar contenido a genuinas creaciones científicas. Los primeros pasos fueron vacilantes, pero a medida que avanzaba el siglo el volumen de textos en castellano aumentaba. Un estudio del castellano renacentista exigiría como mínimo el vaciado de la bibliografía científica, capítulo muy poco estudiado a juzgar por el interés que reviste para la historia de la lengua. Los científicos castellanos del Renacimiento optaron deliberadamente por su lengua nacional, así se explica que Castilla, durante el *Quinientos*, además de realizar una intensa actividad científica, afirmara su idioma como un fenómeno protonacional, era una opción social y lingüística pero también política a la postre.

Astronomía y Matemática

Desde la segunda mitad del siglo XV en la Universidad de Salamanca asistimos a un creciente interés por el cultivo de la Astronomía y Matemática, llegando a convertirse en el Renacimiento en uno de los centros peninsulares de mayor prestigio. La cátedra de Astrología había sido ocupada a finales del siglo XV por miembros de la familia Salaya. Sabemos que Juan de Salaya, escolar primero en el Colegio de San Bartolomé, llegó a ocupar esta cátedra desde 1464, habiendo recibiendo enseñanzas del científico judío Abraham Zacuto. Años más tarde su hijo, Sancho de Salaya, que había estudiado en el Colegio de

Santa Cruz de Valladolid, desempeñaría la misma cátedra en torno a 1500.

En el tránsito del siglo XV a la centuria siguiente, ejerció asimismo clarísimo influjo en la orientación humanista de las Matemáticas el prestigioso docente salmantino Elio Antonio de Nebrija. A través de sus *Reelectiones* publicadas entre 1510 y 1512, pretendía Nebrija basar la enseñanza en las fuentes clásicas superando con ello las resistencias de los «calculadores». Participó Nebrija asimismo de forma activa en el «Renacimiento ptolomaico», hasta el punto que le debemos una excelente aportación al tema que nos ocupa (*In cosmographiam libros introductorium*, 1499) donde expuso sus dos proyecciones cartográficas aceptando los cálculos ptolomaicos sobre el círculo terrestre.

El prestigio de la Universidad salmanticense atrajo a científicos de la Corona de Aragón como Pedro Sánchez Ciruelo (1470-1548), quien desde su Daroca natal se trasladó a la ciudad del Tormes hacia 1482. En Salamanca, bajo el magisterio de Rodrigo Basurto, alcanzó Ciruelo el grado de «maestro», recibiendo enseñanza matemática. A los diez años de estancia salmantina marcha Ciruelo a París en 1492 trabando relación científica con las escuelas realistas y nominalistas. En París forma parte Ciruelo de la colonia de españoles, entre ellos figuraban Miguel Francés y Alfonso Osorio junto a Gaspar Lax y Jacobo Ramírez, años en los que publica una de sus mejores aportaciones a la matemática española del Renacimiento; nos referimos al *Tractatus Arithmeticae Practicae qui dicitur algorismus*; obra que conoció el favor de diversas reediciones renacentistas. A lo largo de una década de residencia en París dio a conocer Ciruelo una revisión de la obra Aritmética de Tomás Bradwardine, y cuando vuelve a España en 1502, tras una breve estancia en Sigüenza y Alcalá de Henares, fija su residencia definitiva en Castilla. Sabemos que Ciruelo formó parte de la Junta de Teólogos que en Valladolid sometieron a examen la ortodoxia de Erasmo, contra la que se manifestó Ciruelo. Entre 1534 y 1537 lo encontramos en Segovia, sin embargo los últimos años de su vida los pasaría en Salamanca.

A la brillante promoción de matemáticos y astrónomos salmantinos del siglo XVI pertenecen dos figuras destacadas, Hernando y Juan Aguilera, ambos habían residido en Roma al promediar la centuria. Los hermanos Aguilera, especialmente Juan, que era médico, tuvo relación científica con Andrés Laguna y Juan Valverde de Amusco, residenciados en Roma en las décadas centrales del siglo XVI. Hernando y Juan continuaron la tradición matemática y astronómica salmantina, siendo asimismo discípulos de Abraham Zacuto y Rodrigo de Basurto. Hernando Aguilera ocupó la famosa cátedra salmantina de Astronomía desde 1538 hasta su muerte acaecida en 1560, fecha ésta en la que le sucedió su hermano Juan. Este es uno de los médicos más ilustres del Renacimiento castellano, habiéndose doctorado en Roma, alcanzó entre 1540 y 1550 el cargo de arquiatra de los pontífices Pablo III y Julio III, lo que prueba su enorme prestigio profesional en la Europa de su tiempo.

Como ocurriera con el grupo de científicos españoles residente en París a finales del siglo XV, Roma fue en las décadas centrales del Quinientos ciudad propicia al intercambio y aprendizaje con una intensa actividad. Además de Andrés Laguna y otros españoles, sabemos que Juan Aguilera asistió a las discusiones científicas celebradas en el Palazzo Colona. Quizá fuesen éstas las enseñanzas recibidas de las que ofrece puntual noticia el erudito Juan Páez de Castro y de sus estudios, junto a Aguilera, de temas matemáticos, entre ellos posiblemente el conocimiento de la obra copernicana. Estas noticias concuerdan plenamente con el papel que la escuela salmantina desempeñó como foco difusor de las doctrinas de Nicolás Copérnico en España. Cabe señalar como mérito principalísimo de Hernando Aguilera, un claro esfuerzo innovador para introducir en la enseñanza las doctrinas de Copérnico.

Como los anteriores, la obra de Diego de Zúñiga (1536-1600) pertenece de lleno a la escuela salmantina, ciudad donde había nacido. Tras cursar estudios en esta Universidad pasó a las de Alcalá y Valladolid, ingresando más tarde en la orden agustiniana. En varios escritos se refiere Zúñiga al sistema copernicano, algunas de cuyas observaciones, pese a mantenerse en una rigurosa ortodoxia, le valieron

ser expurgado por la Inquisición romana en 1616 junto a la obra de Copérnico.

A la importante nómina de científicos vinculados a Salamanca y su Universidad, debe añadirse, entre los matemáticos y astrónomos del siglo XVI, a Rodrigo Zamorano, quien nacido en Medina de Rioseco, muy pronto pasó a Sevilla atraído por la Casa de Contratación. Además de su actividad cosmográfica se le debe el tratado *Los libros de Geometría*, impreso en 1576, cuando ya se encontraba en Sevilla. Contribuyó al auge de la escuela salmantina el magisterio de tres matemáticos ilustres: Tomás Durán, Pedro Espinosa y Jerónimo Muñoz.

X El primero de los nombrados, dominico del Colegio de San Esteban, mantuvo una posición favorable a los nominalistas y «calculadores» medievales. El primero de los citados, tras una estancia en Italia desde 1504 a 1509, regresó a Castilla en 1509, alcanzando enorme prestigio como teólogo y científico, intervino en las Juntas de Badajoz (1524) convocadas para delimitar la línea divisoria de la expansión hispano-lusitana en América. Nacido en Alba de Tormes, Pedro de Espinosa debe contarse entre los matemáticos salmantinos. Más tardía fue la presencia en esta Universidad del judeoconverso Jerónimo Muñoz (1520-1591), de origen valenciano, quien sucedió en la cátedra de Astrología a Juan de Aguilera. Discípulos salmantinos de Muñoz fueron, entre otros, Antonio Núñez Zamorano y Diego de Alava.

La Filosofía Natural

El cultivo de la Filosofía Natural alcanzó enorme predicamento en Castilla desde finales del siglo XV, siendo Salamanca desde estas fechas hasta los años centrales del *Quinientos* uno de los focos de mayor actividad intelectual. Destacan dos tratadistas de origen segoviano pero vinculados al claustro salmantino: Luis Núñez Coronel y Domingo de Soto. El primero de los citados, Luis Núñez, nacido en la segunda mitad del siglo XV, cursó estudios en Salamanca, de donde marchó hacia 1500 a París en compañía de su hermano Antonio. Discípulos ambos,

Luis y Antonio Núñez, de Johan Maior en el Colegio de Montaigu, formaron parte de una activa colonia de científicos españoles afincados en París desde finales del siglo XV. Luis, quien destacó como teólogo y científico, ingresaría en el Colegio de La Sorbona en 1504, donde se licenció en 1512, doctorándose dos años más tarde, en 1514. Desde su estancia parisina entró al servicio del Emperador Carlos V en los Países Bajos, donde mantuvo relación con el humanista valenciano Luis Vives. Tras su regreso a España, Núñez entró al servicio del Inquisidor General Alonso de Manrique, manteniendo entonces una actitud erasmista. La aportación de Luis Núñez Coronel más conocida es su obra física (*Tractatus perscutationis*, París, 1511), en la que adopta una posición ecléctica entre las tesis realistas y nominalistas.

El gran teólogo castellano Domingo de Soto (1494-1565), nacido en Segovia, destaca sin embargo por su aportación a la Filosofía Natural. Estudió primero en su ciudad natal, ingresando en el Colegio de la orden de Predicadores, pasando posteriormente a Alcalá de Henares, desde cuyas aulas se trasladó a la Universidad de París. En el Colegio de Santa Bárbara de París recibió enseñanza del maestro Juan de Celaya, quien le familiarizó con las corrientes a la sazón en boga en la universidad parisina. La obra de Soto refleja este influjo, especialmente las corrientes de la física nominalista y los temas relativos al movimiento. Domingo de Soto, sin embargo, superó las enseñanzas recibidas contribuyendo de forma original al pensamiento físico-natural del Renacimiento europeo. Es sin disputa uno de los precursores más ilustres de la moderna física galileana. De regreso a España residió nuevamente en Alcalá de Henares donde recibió el magisterio de Pedro Sánchez Ciruelo. Soto ocupó la cátedra de Filosofía entre 1520 y 1524, enseñando metafísica, lógica y física. Destinado al Colegio de San Esteban de la orden de Predicadores en Salamanca, alcanzó la cátedra de Vísperas de Teología en 1532. Estos fueron sin disputa los años de madurez, los más fecundos en la vida científica de Soto. Con el bagaje adquirido a lo largo de su paso por los Colegios y Universidades españolas y extranjeras, se dedicó a la tarea de revisar los fundamentos de la Física clásica, alumbrando con ello los precedentes del moderno

concepto de movimiento que años más tarde retomará Galileo. A Domingo de Soto se le debe el teorema de la velocidad acelerada, estudio recogido en sus comentarios a la física aristotélica (*Super octo libros physicorum Aristotelis quaestionis*, 1545) donde da una respuesta clara al teorema enunciado. El movimiento uniformemente disforme (*uniformiter difforme*) respecto del tiempo es analizado por Soto. Discute el «uniformemente disforme» llegando a resultados muy próximos a los *Discorsi* de Galileo. Con plena modernidad los textos de Domingo de Soto, suponían un progreso con relación a los autores medievales del Merton College de París, iniciando el camino hacia la física moderna. Sabemos que Soto fue el primero en poner el ejemplo de la caída de los graves ilustrando con ello el movimiento uniformemente acelerado, aplicando el teorema de la velocidad media. Soto es, sin lugar a dudas, el precedente más ilustre del Primer Teorema del movimiento uniforme acelerado de los *Discorsi* de Galileo. La obra de Soto alcanzó ocho ediciones en el siglo XVI, la última de las cuales se estampó en Venecia en 1582, cuando Galileo iniciaba sus estudios en Pisa, quizá sea ésta la razón que explique el hecho que las *Quaestiones* del autor segoviano fueran citadas por Galileo.

Ciencia Natural y Geografía

La contribución castellana a la Ciencia Natural y Geográfica del Renacimiento se halla orientada en buena medida por el descubrimiento del continente americano. Sin disputa el naturalista más importante fue José de Acosta (1540-1600), que había nacido en Medina del Campo. Educado en la Compañía de Jesús, se embarcó para las Indias como misionero. El resultado de su contacto con el Nuevo Mundo fue una obra de enorme valor descriptivo titulada *Historia Natural y Moral de Las Indias*, iniciada, al parecer, mientras se hallaba en París, aunque la acabó de redactar tras su regreso a España. Además del interés para el conocimiento del nuevo continente, la obra de Acosta destaca por el intento de explicar los fenómenos físicos del Nuevo Mundo, y las

especulaciones que contiene sobre el hombre, su origen y los animales de aquellos territorios recién descubiertos. Estas observaciones le sitúan por mérito propio entre los precursores de la Ciencia moderna y del evolucionismo.

Entre los naturalistas castellanos, debe incluirse, pese a su origen portugués, el cirujano y hombre de ciencia Cristóbal de Acosta, quien ejerció en Burgos entre 1576 y 1587. En esta etapa de su vida dio a conocer su obra escrita en castellano *Tractado de las drogas, y medicinas de las Indias Orientales*, obra que su autor dedicó a la ciudad de Burgos, en la que reúne una de las mejores aportaciones renacentistas al conocimiento de la flora americana y del Extremo Oriente. A cuanto se ha dicho debe sumarse la aportación de la Ciencia Natural del soriano Francisco López de Gomara (1511-1562), autor de una *Historia General de las Indias* (1522) en la que reúne numerosas noticias relativas a la Historia Natural del Nuevo Mundo.

Excepcional interés reviste la obra de Bernardino de Sahagún (1500-1590), el primero entre los investigadores europeos de la cultura indígena del continente americano. Precursor de la moderna antropología, los métodos empleados por Bernardino de Sahagún constituyen una novedad en el panorama científico del Renacimiento europeo. En esta densa aportación hispánica a la Geografía del Nuevo Mundo destaca asimismo el soriano Juan López de Velasco (1530-1590), como también dos autores más, el vallisoletano Bernardo Vargas Machuca y el burgalés Cristóbal de Acuña. Del primero de los nombrados, López de Velasco, sabemos que en 1571 fue nombrado cosmógrafo-cronista de las Indias, de cuya experiencia nos ha dejado una valiosa *Geografía y descripción universal de las Indias* (1574), en la que nos ofrece una amplia aportación, llena de detalles, de los indios del Brasil y de los territorios que abarcan desde el archipiélago filipino hasta las costas de China, de Nueva Guinea y las islas Salomón. A Bernardo Vargas Machuca, nacido en Simancas, le debemos la obra *Milicia y descripción de las Indias*, impresa en 1599, cuya segunda parte dedica su autor al estudio de las Indias Occidentales, con minuciosas referencias a la hidrografía y a la geografía de las costas marinas.

Medicina, enfermedad y sociedad renacentista

La importancia de la Medicina y su ejercicio en el Renacimiento castellano, constituye uno de los capítulos más brillantes que reclama un comentario detenido. Una de las notas más singularizadoras del médico renacentista constituye su múltiple inquietud intelectual, que le llevaron a ocuparse de cuestiones ajenas a su profesión. La prosa literaria castellana refleja esta estrecha relación entre el médico y la cultura de su tiempo. En la prosa cervantina se refleja el clarísimo influjo de la Medicina renacentista, especialmente de un grupo de médicos vallisoletanos de la segunda mitad del siglo XVI como Pedro Enríquez y Alfonso de Santa Cruz, al menos el relato del Licenciado Vidriera muestra una notable semejanza con las historias clínicas de los enfermos recogidas en las obras de Alfonso de Santa Cruz. La literatura y el arte renacentista, especialmente fecunda la relación entre anatomistas y pintores, ofrecen una imagen del médico castellano del siglo XVI, abierto a múltiples inquietudes. Mayor relieve incluso reviste la estrecha relación entre humanismo y medicina, tema que ha estudiado con pormenor el profesor Enrique Montero Cartelle, y que deliberadamente orillamos.

Algunos ilustres médicos del siglo XVI cultivaron la poesía. Entre otros lo hicieron López de Villalobos, Juan de Vergara o Pedro Sanz de Soria. Sabemos que el cirujano Francisco Díaz cultivó la creación literaria, al menos Cervantes y Lope de Vega lo elogiaron como poeta. Incluso relatos de aventuras como el famoso *Viaje de Turquía*, obra que Marcel Bataillon atribuye al médico y humanista segoviano Andrés Laguna. En la vocación humanista de los médicos renacentistas tampoco faltaron las traducciones de textos clásicos, como la de Plauto realizada por López de Villalobos o las *Catilinarias* que llevó a cabo el propio Laguna.

Entre los temas de mayor interés figura, en la medicina del Renacimiento, el conocimiento de la realidad humana. En España muy pronto se suscitó el cultivo de la Anatomía moderna, sumándose al

movimiento vesaliano inaugurado en Padua antes de promedir al siglo XVI. Destacó en la indagación morfológica el médico castellano nacido en Amusco, Juan Valverde, cuya obra se dijo, *Historia de la Composición del Cuerpo Humano* (Roma, 1556), circuló por toda Europa en sus versiones latinas e italianas del original castellano. En la obra de Valverde, después de Vesalio, el mejor texto europeo de anatomía renacentista, aparte de las aportaciones originales, destaca la estrecha colaboración entre Anatomía y Arte. Valverde, que había sido discípulo de Realdo Colombo en Padua, Pisa y Roma, mantuvo una estrecha colaboración con Gaspar Becerra, pintor castellano que grabó las cuarenta y cuatro láminas que ilustran la obra anatómica de Valverde.

El médico y la literatura científica

Aunque ahora no podamos abordar todos y cada uno de los problemas que plantea la sociología médica española del Renacimiento, al menos consideramos necesario insistir en un aspecto básico: la importancia que los profesionales médicos y cirujanos tuvieron cuantitativa y cualitativamente en la producción científica española del período sometido a consideración. Utilizando los estudios de sociometría realizados hasta la actualidad, y con las fuentes que contamos, se puede concluir con un escaso margen de error, que desde 1481 hasta 1600 el número de autores científicos españoles, de los que nos ha llegado obra escrita, se eleva a 572, de los cuales más de la tercera parte son médicos y cirujanos, cifras a las que deben sumarse las profesiones conexas con el arte de curar como son los boticarios. Las cifras y porcentajes son los siguientes:

- Entre 1481 y 1600 el número de científicos con obra escrita: 472.
- Número de médicos y cirujanos: 188, porcentaje del 32,87 por ciento de los científicos españoles.

- Número de boticarios: 12, porcentaje del 2,10 por ciento.
- Sumados los profesionales sanitarios comprenden el 35 por ciento de los científicos españoles del período considerado, hecho altamente llamativo.

Algo más reducidas son las cifras con relación a las áreas de la ciencia cultivada en España. Para las fechas señaladas la medicina ocupa el 25,54 por ciento del total. Las razones de carácter social que explican esta masiva participación del médico en la literatura científica y cultivo de tal saber en la España del Renacimiento, se debe, parecer sobre el que existe unanimidad, al volumen del número de tales profesionales, y su envidiable situación social como científicos, al menos con relación a otras actividades técnicas. En primer lugar, y es un hecho claro, ninguna profesión científica en la España del siglo XVI consiguió contar con un censo tan elevado de profesionales. Se calcula para la segunda mitad del siglo, en unos mil médicos ejerciendo en España, y de dos a tres mil cirujanos, cifras muy superiores comparadas con los arquitectos, relojeros, pintores, pilotos, destiladores, incluso ingenieros, cartógrafos, etc. Entre los médicos no contamos las profesiones sanitarias menores como algebristas, oculistas, dentistas, maestros hernistas, etc., cifra que elevaría aún más su número. Debe subrayarse que la formación del médico y del cirujano en la España imperial fue envidiable, cursando Bachillerato en Artes y después en las Facultades de Medicina, habían hecho estudios de latinidad, y algunos de griego, su formación puede considerarse realmente estimable, pertenecían a las esferas más cultas de la sociedad, lo cual facilitaba su continuada presencia y su huella permanente en la cultura española del Renacimiento. La formación del médico y su paso por la Universidad estaba, así como su ejercicio, regulado por instituciones como el Protomedicato que controlaba y evitaba el intrusismo, hecho que no se dio sino en muy concretas esferas de la Ciencia y actividad científica española del Renacimiento. No sólo el número de médicos, sino su formación e ingresos económicos, permiten explicar su masiva participación en la creación científica y vida cultural española de la centuria.

Sabemos que los 188 médicos que nos han dejado obra escrita, muchos de ellos se preocuparon de cuestiones no médicas, y así escribieron, de otros saberes, filosofía y filosofía natural, cosmografía, literatura, ensayismo, etc., haciendo valiosas aportaciones originales a la cultura española renacentista. Algunos se ocuparon de temas de creación literaria como el vallisoletano Pedro de Soria, a quien el estudio de Lorenzo Rubio González atribuye un *Cancionero amoroso*, compuesto hacia 1570.

De su extracción social, según los datos de que disponemos, el 16 por ciento era de origen noble, un 9 por ciento clérigos, el 40 por ciento plebeyos y el resto en buena medida sospechamos son de origen judeoconverso. La presencia de los conversos entre los profesionales médicos fue constante y su influjo decisivo, pudiendo afirmarse que constituyó un grupo quizá entre los más numerosos e importantes de los cultivadores de la Medicina. En favor de la alta participación del médico en la actividad cultural y científica de la España renacentista, hay que recordar los supuestos sociales, su formación universitaria, el elevado número y su nivel económico y profesional. Del prestigio del médico pueden aducirse numerosos testimonios de los *Libros de Claustros* de las Universidades españolas del *Quinientos*; permítaseme a título ejemplificador aportar dos testimonios, el primero nos lo depara la obra de Enrique Jorge Enríques, el *Retrato del perfecto médico*, tema que ha analizado el profesor Luis S. Granjel, o los *Diálogos* de Pero Mexia, a los que el citado profesor consagró un estudio monográfico. De la elevada situación social del médico renacentista en España nos habla el retrato de Valles, o él del médico desconocido de El Greco, que se dice pertenece a Luis Mercado, o incluso el retrato de Juan Valverde de Amusco, tan bien estudiado por Francisco Guerra. Testimonios no faltan para ponderar la alta estima de la Medicina y el prestigio social de los médicos. En tal orden de cosas, bueno será que recordemos que los cargos más apetecidos fueron los de Médico de Cámara, siguiendo en orden de importancia social y económica de los médicos de la alta nobleza y alto clero; existieron médicos de hospitales y de ciudades, que mediante contrato percibían unas retribuciones económicas, brindán-

doles una independencia social. Se citan cifras muy dispares, los Médicos de Cámara, según los casos, llegaban a percibir, entre otros gajes y ayudas, como salario fijo entre 50.000 y 100.000 maravedís, y algunos nobles retribuyeron a sus médicos en cantidades que oscilaban desde los 10.000 a los 25.000 mrs., mientras que en los hospitales y ciudades en unos 10.000. Sabemos que numerosos municipios españoles, como Burgos, Valencia, Barcelona, etc., contrataban los servicios facultativos con determinadas misiones sanitarias. En suma, no es aventurado afirmar que esta situación holgada del ejercicio profesional del médico puede servir para explicar la múltiple presencia, y la incansable actividad científica y libresca de los galenos españoles del Renacimiento.

La Medicina en latín

El médico humanista, formado en la Facultad de Artes, previo a los estudios de Medicina, reivindicó el uso del latín, como barrera lingüística, frente a otras profesiones consideradas *mecánicas* como la Cirugía, y concretas técnicas quirúrgicas. En este grupo de profesiones artesanales figuraron los barberos, sangradores, cirujanos romancistas, matronas o comadres, algebristas y un largo elenco de artesanos. Estas profesiones «manuales», marginadas de las universidades, eran desempeñadas por empíricos sobre los cuales se centraron los dictérios de los médicos humanistas. Los empíricos, carentes de formación universitaria y desconocedores del latín, formaban un grupo numeroso de amplia difusión social. Los grandes humanistas se aferraron al latín como recurso idiomático, afirmando la conciencia de grupo con proyección científica europea. Estas razones explican en buena medida que denostaran a los empíricos, barberos y cirujanos, con quienes compartían cometidos sanitarios. Enrique Montero Cartelle ha subrayado certeramente que la enseñanza de las «lenguas clásicas» era la «piedra angular para el desarrollo del humanismo español». Pero los esfuerzos de un reducido grupo de brillantes profesores y humanistas, no consiguió

mantener el latín con una base social amplia en las universidades castellanas. Con la salvedad del núcleo alcalaíno, las lecciones se explicaban en lengua vulgar, hasta los textos latinos; muchos escolares se trasladaban a Valladolid para orillar los exámenes de latinidad. Si esto ocurría en esta capital castellana, a la sazón sede de la Monarquía, la situación en otras universidades debió ser más penosa. Peor suerte tuvo el griego, cuya enseñanza choca con una enorme desconfianza inquisitorial debido a la posible libre interpretación de las Escrituras. La acritud, cuando no la persecución de los humanistas, es un hecho probado, la figura de Pere Joan Oliver en Valencia, el exilio de Luis Vives o el proceso de fray Luis de León nos ponen sobre la pista de la dimensión ideológica que el helenismo llegó a concitar en España. En este sentido Luis Gil ha puntualizado: «En España se había tomado ya el helenismo en esta época con cierta ojeriza». Esta es una de las causas del declive del griego en Castilla apenas superados los decenios centrales del *Quinientos*. Sin embargo, la existencia de médicos helenistas está fuera de cualquier duda, desde la obra del antes citado Laguna, traductor del *Dioscórides*, o del heresiarca muerto en la hoguera Miguel Serveto, hasta los médicos y helenistas como Miguel Jerónimo Ledesda o Pedro Juan Núñez, son algunos ejemplos a los que deben sumarse los maestros de Alcalá.

Las Facultades de Medicina

Los estudios de medicina estaban vinculados a la Universidad, en cuyo seno las Facultades de Medicina se hallaban encargadas de habilitar los correspondientes grados de bachiller, licenciado y doctor. La Universidad de Salamanca, hasta avanzada la centuria del *Quinientos*, siguió los moldes del galenismo arabizado de Avicena. Francisco López Villalobos es el mejor ejemplo del avicenismo salmantino de los años finales del siglo XV. Habría que esperar tres decenios más tarde, con la llegada de Lorenzo Alderete de Italia, para que se inicie un nuevo giro más acorde con la medicina renacentista. Los años centrales del

siglo XVI fueron los más brillantes para la medicina del Estudio salmantino, cuyos más señalados representantes fueron Cosme de Medina, Andrés Alcázar, Bravo de Piedrahíta y Enrique Jorge Enríquez. Mayor lastre mantuvo la medicina vallisoletana cuya figura más conocida, Luis Mercado, se mantuvo apegado al escolasticismo heredado. Entre los focos más activos y precoces de la España renacentista, puerta de entrada del movimiento vesaliano, fue la Universidad de Valencia, desde donde se irradió la anatomía moderna a las Universidades de Alcalá y Salamanca. Sin embargo fue Alcalá el centro más importante del humanismo médico peninsular a juzgar por la obra de sus grandes maestros, antes citados, Vallés, Mena y Cristóbal de Vega.

XX La formación del médico fue transformándose a lo largo del siglo XVI, del galenismo arabizado se pasó progresivamente a la introducción de las versiones renacentistas de Galeno y el *Corpus Hippocraticum*, gracias a las impresiones venecianas. Entre tradición y modernidad se debatieron los médicos y las universidades, siendo Valencia por su estrecha relación con Italia a finales del siglo XV, y Alcalá las que anticiparon el movimiento renovador. Mayor peso de la tradición arabizante imperó en Salamanca y sobre todo en Valladolid, claro reducto avicenista, donde el humanismo renacentista caló más superficialmente. La mejor formación de los médicos fue posible con la introducción de nuevas cátedras, en primer lugar los estudios de Anatomía, y otras como la Cirugía que enriquecen el currículum médico. A pesar del progreso de nuestras universidades el pasado medieval seguía presente en la formación médica, como reducto avicenista. El dualismo latín-romance, entre médicos y universitarios, y sobre todo el rigor gramatical del idioma latino son la piedra de toque para conocer la filiación arabizante o humanista de nuestros médicos. Como sugirió Beaujouan, corroborando las afirmaciones de Sarton, el latín como lengua científica coexistió, con clara desventaja, frente al castellano a nivel peninsular. Para Beaujouan uno de los rasgos peculiares de la medicina peninsular fue la precocidad de las lenguas romances, como el castellano convertido en idioma científico desde el reinado de Alfonso X el Sabio. El humanismo, de claro influjo italiano,

pretendía el uso del latín en Medicina. Desde los comienzos del reinado de los Reyes Católicos el uso del latín pasó a ser una lengua orientada a los modelos clásicos, siendo la primera etapa de carácter erudito y literario, más tarde sin embargo predominó el acento filosófico y teológico. El propósito de los médicos humanistas en favor del latín, coincidió con el empuje social del romance castellano con el que luchaba en clara desventaja. La lengua de Castilla no sólo invadía la esfera médica, su uso se expandía a todos los reinos peninsulares, y se proyectaba más allá del continente europeo. El dualismo latín-romance en Medicina acabó decantándose por la lengua natural de Castilla, como analizaremos más adelante.

La Cirugía y los cirujanos

Dos grupos profesionales se perfilan en el ejercicio médico de la España renacentista, de una parte los médicos con estudios universitarios, por otra los empíricos, carentes de formación académica, pero depositarios de habilidades y técnicas manuales en el campo de la cirugía y especialidades quirúrgicas. En la clase médica destacan en su cima los grandes humanistas, médicos al servicio de la Corona y de los grandes señores, forman la élite social, reducidos en su número pero detentadores del control del Protomedicato. A ostensible distancia figuran numerosos profesionales, desconocedores de las lenguas clásicas, sin bagaje académico, tales fueron los barberos, sangradores, cirujanos romancistas, entre otros empíricos, cuya existencia histórica reflejan los fondos de archivo, las disposiciones legales y las referencias literarias del Renacimiento.

La división entre médicos y cirujanos en ocasiones no fue tan tajante, algunos cirujanos en reducido número habían cursado estudios universitarios: los cirujanos latinos, como Francisco Díaz o Dionisio Daza Chacón, Francisco Arceo o Juan Calvo, nombres a los que deben sumarse los de Bartolomé Hidalgo de Agüero y Andrés Alcázar entre otros. Sin embargo, médicos universitarios y cirujanos latinos eran

insuficientes para una población de unos ocho millones de habitantes. La cobertura sanitaria, en el supuesto de enfermedad, estuvo en manos de iletrados empíricos, parteras, algebristas, entre otros, duramente denostados por médicos y humanistas. Dos grupos sociales que, profesional y culturalmente separados, emplearon lenguas distintas: el latín entre los humanistas, reservando el romance para la cirugía. Conviene matizar nuestro anterior aserto, pese a la existencia de esta clara separación no faltaron humanistas que emplearon en ocasiones la lengua vulgar, de otra parte algunos cirujanos como Francisco Arceo y Andrés Alcázar, de formación humanista, sólo emplearon el latín. Sin embargo, la existencia de dos sectores profesionales tuvo una amplia realidad sociológica y estamental. Estas razones, como veremos, los intereses enfrentados, la distancia social y formación cultural, explican la denuncia sistemática y la crítica despectiva, de humanistas y cirujanos latinos, hacia los empíricos. La oposición de los médicos humanistas, sin carecer de fundamento, tuvo implicaciones ideológicas y de interés profesional. Algunas críticas incluso parecen desmesuradas. Esta oposición de los médicos, y su reserva hacia el empirismo, alcanzó especial virulencia en los escritos de Arceo, Valles y Fernando de Mena. Evidenciaba las constantes fricciones entre dos sectores profesionales con intereses enfrentados. La oposición de los médicos alcanzó un incidente que marca la historia de la cirugía en Castilla, a raíz de la creación de la primera cátedra en la Universidad de Salamanca. El profesor Luis S. Granjel y María Teresa Santander han relatado la azarosa creación de la Cátedra de Cirugía, cuando el Concejo salmantino, ante la falta de cirujanos, solicitó a Felipe II su creación. La petición remitida al monarca encontró no sólo resistencia sino franca oposición en el Claustro universitario. La actitud de los claustrales médicos provenía de intereses personales y profesionales. Dos grandes médicos renacentistas, el anatomista Cosme de Medina y el patólogo Bravo de Piedrahíta, prestigiosos catedráticos, encabezaron la oposición afirmando que: «los lectores de Medicina leen en su Cátedra tanta Cirugía, quanta si Cátedra propia huviese ella». A su pesar, acabó prevaleciendo la voluntad real, nombrándose en 1557 titular de la Cátedra a Andrés Alcázar. Semejantes dificultades se repitieron en

Alcalá y Valladolid en 1594 con motivo de la instauración de las Cátedra de Cirugía.

X La cirugía era una actividad manual, una técnica alejada por ello de la Universidad. Los cirujanos castellanos del Renacimiento formularon una definición de su profesión como *obra de manos*. En los siguientes términos se expresaba el cirujano Bartolomé Hidalgo de Agüero: «Ciencia que enseña el modo y calidad de obrar principalmente soldando y cortando, cauterizando, y exercitando otras *obras de manos* con que sana a los hombres según es posible». De forma semejante se pronuncian Juan Fragoso, Francisco Díaz y Juan Calvo, y muy pormenorizadamente lo hace el cirujano vallisoletano Dionisio Daza Chacón con estas palabras: «La verdadera Cirugía, porque es saber poner por obra, y exercitar, y hazer con las manos y con los instrumentos, lo que otro supo muy bien hablar. Y esta se pone entre las artes mecánicas, y no se alcanza ni puede uno ser perfecto en ella, sino la uviere exercitado muchos años y con grandes cirujanos». Para Daza Chacón, el cirujano más universal de la España renacentista, la imagen y el perfil de los médicos era el reverso de la cirugía, afirmando: «muy poco me deleytan los médicos, que demasiadamente se entretienen en la Philosophia natural y no llegan al remedio de los rendidos a la enfermedad».

A lo largo del siglo XVI, y especialmente en la Corona de Castilla, se dieron cita numerosos profesionales quirúrgicos, poseedores de técnicas y habilidades manuales, de los cuales han llegado numerosas referencia documentales y literarias. El ejercicio quirúrgico albergaba, al menos, a una amplia gama de profesiones: los llamados «algebristas» o «restauradores» y «concertadores de huesos», y los llamados «bizmadores»; gozaron de amplia fama los maestros litotomistas, peritos en la operación de la talla vesical, a los anteriores deben sumarse los «hernistas», que operaban a los «quebrados» o hernias inguinales. Amplio elenco de barberos, sangradores y barberos-sangradores, cuyos cometidos eran intervenciones quirúrgicas menores. No faltaron los «batidores de cataratas», expertos en tan compleja intervención ocular, o las matronas, llamadas madrinas o comadres, que ejercieron en

exclusiva la asistencia a las embarazadas durante el parto. Algunos gozaron de licencias especiales del Protomedicato para la cura y remedio de muy concretas dolencias como mal de orina, cura de la ictericia y poseedores de remedios llamados «secretos».

Algunos empíricos gozaron de merecida fama y prestigio profesional, sus nombres pasaron a formar parte de la servidumbre real, otros fueron contratados por las Cortes de Castilla, incluso dictaron enseñanza y difundieron sus habilidades entre los cirujanos romancistas de ciudades castellanas como Valladolid. Estas fuentes documentales ponen en tela de juicio algunas críticas de la élite humanista cuando denostaban a los empíricos. El humanista y cirujano latino Francisco Arceo, censura con encono a los empíricos, Valles les lanza los peores calificativos. La realidad profesional a juzgar por otras fuentes no debió ser como la pintan los médicos humanistas. Los iletrados cirujanos romancistas, pese a desconocer el latín poseyeron concretas habilidades a las que los médicos no tenían acceso. Acaso esta tensión profesional agudizó el problema, en tanto los maestros alcalaínos se atrincheraban en el latín, los empíricos transmitían sus técnicas manuales. En el fondo el médico humanista, culto y conocedor del latín, con clara proyección europea, era incapaz de ejecutar técnicas y operaciones manuales de probada eficacia. Cuando el caterático de Alcalá, Fernando de Mena atacaba a las parteras o comadres con los peores dicitos, llamándolas *umbilisecas*, *stupidissimas foeminas*, no era menos cierto que las preñadas y paridas solicitaban sus servicios en sus trances. En este sentido Damián Carbón en su obra *El Arte de las Comadres* (1541) ensalzaba el oficio de partera, y lo incluye entre las *artes médicas*, afirmando que «las mugeres preñadas y paridas en sus necesidades y para las criaturas: a las comadres antes que a los médicos piden consejo». Los ejemplos podrían multiplicarse a través de las interminables referencias de las *Actas* de las Cortes de Castilla del siglo XVI y de las nóminas de Corte del Archivo General de Simancas. Entre los empíricos destacaron en Castilla los maestros en las enfermedades de las vías de la orina. La figura del maestro Izquierdo, vallisoletano, y su discípulo Martín de Castellanos, alcanzaron notoriedad en ámbitos

cortesianos. Entre las numerosas referencias, sirva de ejemplo el elogioso juicio que las *Actas* de las Cortes de Castilla le dedican: «Es cosa pública que el dicho licenciado Castellanos es un hombre romancista, que no ha oído cirugía ni está graduado por Universidad alguna, y que su oficio más consiste en obra de manos que en saber».

Semejantes elogios mereció el empírico Diego Díaz, que llegó a España desde Italia en 1552, llamado por ello el doctor Romano, divulgando sus curas de las enfermedades de la orina. El método del Dr. Romano consistió en el invento de candelillas de cera, a las que adosaba sustancias cáusticas, mediante las cuales restablecía el flujo de las vías inferiores. El cirujano latino salido de Alcalá, Francisco Díaz, apostillaba el prestigio de este urólogo con las siguientes palabras: «En España vino uno que se llamaba el doctor Romano (Diego Díaz), el qual tuvo gran nombre y fama, y ganó mucha riqueza, y Su Magestad le dio una plaza de sesenta mil (mrvs.) y el Reino (las Cortes) de ochenta (mil mrvs.)».

El contexto social del ejercicio quirúrgico, y la distancia entre médicos y cirujanos romancistas tuvo numerosas barreras insalvables, una de carácter cultural y lingüístico, latín o romance, pero hubo otras diferencias si cabe, tan profundas como su extracción social, formación, aptitudes, polarizando dos grupos de competencias: la medicina y el empirismo quirúrgico.

La Medicina en vulgar

Las dos lenguas de información científica en Castilla durante el siglo XVI fueron, se ha dicho, el latín y el castellano. En Castilla hasta 1540 parece ostensible la preferencia por el latín, pero a medida que avanzaba la centuria creció visiblemente la opción por el castellano, lengua que acabó por imponerse al latín como vehículo de información científica en el ámbito peninsular.

La Medicina en lengua vulgar, durante el Medioevo, fue uno de los rasgos de la ciencia peninsular, como señala G. Beaujouan. La

medicina castellana bajo-medieval estuvo condicionada por cuatro factores importantes: la presencia musulmana, la debilidad de la institución universitaria, la precocidad del castellano como lenguaje médico y el papel excepcional de la minoría judía. Las versiones latinas toledanas del siglo XII se difundieron rápidamente por Europa, sin embargo las traducciones castellanas del siglo XIII quedaron circunscritas al ámbito peninsular bajo el reinado de Alfonso X el Sabio. La ciencia en la España medieval, refiere Beaujouan, «habla en vulgar», de forma que, sólo en la península ibérica, puede encontrarse el desfase a favor del castellano en detrimento del latín, es decir del romance frente a la lengua universitaria. El siglo XV marcó un sensible deslizamiento del centro de gravedad de la península ibérica, mientras que la corona de Aragón sufrió un hundimiento económico como el resto de Europa, Castilla escapaba del marasmo general, y se preparaba de forma inconsciente para desempeñar un papel hegemónico a partir del reinado de don Fernando y doña Isabel.

En España el castellano mostró un enorme empuje desde el primer momento, la aparición de la gramática de Nebrija en 1492, fecha emblemática, significa una clara voluntad de afianzar el idioma, siendo ostensible el creciente uso de la lengua natural de Castilla. Diversos factores, como ha señalado A. Carrera, determinaron la fortuna histórica de la lengua. La creciente importancia de su apoyo social provenía del sentido como lengua natural. Este sentimiento genuino fue reforzado por el influjo italianizante y el erasmismo, en su interés por la lengua vulgar. Sin embargo, el factor más decisivo debe atribuirse al sentimiento de superioridad, evidente en numerosos textos renacentistas, de la idea imperial. A pesar del empeño de los grandes humanistas alcalaínos, la lengua natural acabó imponiéndose al latín como realidad viva.

A duras penas los humanistas más exigentes pudieron escapar de la tentación de emplear el *vulgar*, el propio Francisco Vallés acabó claudicando cuando publique por encargo de Felipe II el *Tratado de las aguas destiladas, pesos y medidas* (1592), que contrasta con su clara adscripción humanista. Algunos como Francisco Arceo, con afanes de

elitismo, denostaron el castellano y se atrincheraron en la defensa exclusiva del latín, influido por su amistad con Arias Montano. Sin embargo, los testimonios de grandes cirujanos con formación humanista, como Francisco Díaz o Dionisio Daza Chacón, defienden tesis contrarias: «Me movió a escribir en nuestra lengua española antes que en latín», refiere Daza, la ausencia de estudios de latinidad de los cirujanos romancistas, como pudo comprobar durante doce años de Protocirujano. Daza enfoca el problema desde un punto moderno, exclusivamente técnico, no debe ser la lengua sino la pericia de cirujano el asunto esencial en el ejercicio: «Vi que muchos (romancistas) que tenían buenas habilidades, que por falta de libros en *su lengua* estaban muy atrás». En el mismo entorno alcalaíno los cirujanos, como Juan Frago se suman al criterio anterior. Es significativo apostillar que tanto Díaz como Frago, ambos Cirujanos de Cámara, se refieren al romance en términos ambiguos. Daza dice «escribir en nuestra lengua española», Frago en cambio en su *Cirugía Universal* (1581) pretende proveer al bien común «de nuestra nación española, sacar a la luz este libro en el vulgar castellano». Las razones de su elección de la lengua de Castilla, similares a las de fray Luis de León, evidencia una realidad sociológica incuestionable: «porque aunque es verdad que la nueva premática obligue a los cirujanos a ser latinos y médicos, ay muchos romancistas», incluso añade unas líneas más adelante: «Quantomás que a los doctos españoles que professaren cirugía, más natural les será el romance con que se criaron que no el latín: el qual como cosa *advenediza* no es tan fácil ni gustoso». Los argumentos empleados para justificar la elección obedecen, a pesar de su retórica, a una realidad social, en suma, que los cirujanos españoles desconocían, en su mayoría, el latín. Esto viene a repetir Bernardino Montaña de Montserrate en su *Libro de Anathomía del hombre* (1551), cuando confiesa que este libro fue escrito «en romance porque muchos cirujanos y otros hombres discretos no saben latín». La postura de Montaña, frente a los humanistas, consiste en anteponer los saberes técnicos a los conocimientos de humanidades: «También hallo que en este tiempo los médicos están tan aficionadeos al latín, que todo su pensamiento emplean en la lengua, y lo que haze al caso, que es la doctrina no tienen más pensamiento dello».

La obra quirúrgica de Antonio Pérez (*Suma y examen de Chirugia*, 1575), según su autor fue escrita en «romance» para «que todos gozen della, principalmente en nuestra España, y fuera della los más cirujanos romancistas».

La élite humanista de los Valles, Cristóbal de Vega o Francisco Arceo, núcleo minoritario, encastillados en el clasicismo latino, son los genuinos representantes de la postura académica, en consonancia con el resto del humanismo europeo. A su entorno el romance mantuvo su tradición medieval, y pese al renacimiento humanista, se apoderó de concretas parcelas del ejercicio profesional como la cirugía, y prueba de ello nos lo deparan los libros salidos de las prensas peninsulares del *Quinientos*. Entre ambas tendencias, adoptaron posiciones ambivalentes algunos médicos y humanistas, Juan Valverde de Amusco y Andrés Laguna, cuyo calado europeísta está fuera de cualquier duda, escribieron en latín y castellano, ambos supieron expresar la hegemonía de la lengua de Castilla en los años centrales del siglo XVI.

La actitud de Andrés Laguna responde a un posicionamiento diferente que merece explicación. Laguna sólo escribió en castellano la traducción de la obra de Dioscórides *De Materia Médica*, impreso en Amberes en 1555, y reimpresso al año siguiente en Salamanca. Viajero incansable, desde su Segovia natal, se inició en Artes en Salamanca, cursó Medicina en París con los grandes humanistas Jacobo Silvio, Günther von Andernach y J. de la Ruel. Su sólida formación y rigor humanista mereció elogios del mismo Vesalio, hasta el punto de revivir en los escritos de Laguna la mejor dicción latina, con claros acentos ciceronianos. Sin embargo, su opción por el vulgar castellano venía motivada por razones de clara voluntad política de afirmación del idioma de Castilla. Laguna designa a su lengua «española», con estas palabras que confirman nuestro anterior aserto: «Por donde yo viendo que a las otras lenguas se hauiá comunicado este tan señalado autor (Dioscórides), salvo a la nuestra Española, que o por nuestro descuydo o por alguna siniestra constelación, ha sido siempre la menos cultivada de todas, con ser ella la más capaz, civil y fecunda de las vulgares: e teniendo entendidos los graues inconvenientes que sobreuenian a cada

passo, ansi en aquellos vuestros Reynos de España como en otras partes (...) resoluime de hazerle de griego español (...) por donde se puede justamente alabar toda España, que le tiene ya transcrito, e más fielmente en su lengua Española que jamás se vio en la latina».

En una esfera europeísta se movió el ilustre anatómico palentino Juan Valverde de Amusco, formado al lado de Realdo Colombo en Italia. Fruto de sus pesquisas disectivas nos ha dejado el mejor tratado de Anatomía escrito en castellano, la *Historia de la Composición del Cuerpo Humano* (Roma, 1556), sin disputa la obra en su género más consultada en la Europa del siglo XVI como señaló Arturo Castiglioni. La opción de Valverde de Amusco por el romance ha sido valorada por Enrique Montero como un rechazo al latín humanístico. Esta valoración debe matizarse, puesto que Valverde en otros escritos hizo uso del latín como en el *De animi et corporis sanitate tuenda libellus* (1552). Las motivaciones de Valverde en favor de su lengua natural eran de orden personal y sociológico. De una parte una decisión de reafirmar la lengua, de otra la demanda de los cirujanos romancistas ajenos al humanismo latino. La trayectoria italiana de Valverde descarta la hipótesis de Enrique Montero, más aún la riqueza del léxico de la obra anatómica de Valverde abona nuestra sospecha nacionalista. Estas razones las expone Valverde de Amusco en la *Epístola*, que antecede al texto de la *Historia de la Composición del Cuerpo Humano*, dedicada al cardenal Juan de Toledo, esclarecen nuestras dudas el deseo de escribir la obra en castellano, con estas palabras: «Por ser cosa fea entre Españoles, despedaçar los cuerpos muertos, como por auer pocos, que venidos a Italia, donde la podrían deprender (...) y visto el daño, que desto se sigue a toda la nación Española, parte por los cirujanos (a quien más falta haze (no poder) entenderla, saber poco latín, parte por auer escrito el Vesalio tan escuramente, que con dificultad puede ser entendido (...) parecíame cosa muy conveniente, escribir esta historia en nuestra lengua; porque aquellos para quien yo la escriuo [los cirujanos] pudiessen gozar mejor de mi fatiga: y porque en latín han escrito tan largamente tantos, que no me parecía ser necessario nuevo trabajo. Pero mirando por otra parte las pocas cosas de doctrina, que en

esta lengua ay escritas (...) no se me alcançauan los braços a hazerlo hasta que el mandado de Vuestra Señoría Illustrissima (al que yo como criado no podía replicar) me forçó (...) sólo a lo que Vuestra Señoría mandaua, y a nuestra nación más necessario era».

Esta clara y decidida opción lingüística en favor de la medicina en vulgar fue un episodio más del intenso proceso de castellanización de la cultura del siglo XVI, que impregnaba las diferentes ramas del saber, y en los reinos peninsulares. No faltaron médicos y científicos portugueses que aceptaron de grado el peso hegemónico de Castilla, adoptando como natural el idioma foráneo. El médico luso Enrique Jorge Enríquez, o el cirujano portugués Cristóbal de Acosta, son dos ejemplos que reclaman comentario. El primero de los citados, Enrique Jorge Enríquez, pese a su nacimiento en Guarda, cursó estudios en Salamanca, como muchos portugueses, afincándose en Castilla al servicio del Duque de Alba. Además de un texto latino, *De regimini cibi atque potus*, le debemos una valiosa obra, antes citada, el *Retrato del Perfecto Médico*. El texto castellano de Enríquez cobra especial significación, a lo largo de su obra hay una constante defensa de las humanidades, abogando en favor de los estudios clásicos, y lamentándose de las deficiencias del humanismo médico salmantino. Su denuncia no deja lugar a dudas: «Quando yo leya en Salamanca, tenía gran pena en ver, que con seys meses cursados en Artes mal y negligentemente muchos se hazían Bachilleres y entrauan a oyr la Medicina, que tales ponían aquellos salir, que poco podían aprouechar, pues les faltaua el cimientto sobre el que está fundada la Medicina».

La medicina en vulgar y el humanismo latino coexistieron a lo largo del siglo XVI, dualismo que acabó decantándose en favor del romance a medida que avanzaba la centuria. Los estudios de Luis Gil, Avelina Carrera y Enrique Montero, entre otros, apoyan la dualidad de funciones del binomio latín-vulgar a comienzos del siglo XVI, no sólo en Castilla sino en otros países europeos. En esta situación un elemento privativo de Castilla vino a desequilibrar la balanza en favor del vulgar: la hegemonía política de Castilla, su marcado imperialismo que percibieron sus más preclaros escritores y científicos. Este nacionalismo o

protonacionalismo, sentimiento colectivo, debió ser determinante en la opción lingüística de los autores médicos y cirujanos peninsulares del *Quinientos*. El naturalismo, la creencia en la superioridad de la lengua natural o materna para expresarse, se impregnaba de claro nacionalismo. Entre los autores médicos antes citados hay inequívocas referencias que atestiguan esta presunción. Los términos usuales de «nuestro vulgar», o «romance», es sustituido por conceptos más específicos de calado político como «nuestra lengua española» (Laguna), o «nación española» (Valverde), a veces «mi lengua», «nuestra lengua», o sencillamente «español».

Esta insistencia en favor del vulgar cobró mayor relieve en la obra del abulense Luis Lobera, uno de los grandes médicos del Siglo de Oro que renunció deliberadamente al uso del latín en favor del castellano. Esta opción, en principio contraria a los criterios humanistas, resulta más llamativa al valorar el perfil biográfico de Lobera cuya existencia histórica transcurrió en buena medida fuera de España, acompañando en sus viajes al emperador Carlos I. Formado en Francia, la postura de Lobera no sólo se limitó al uso exclusivo del castellano, sino que apostó por su lengua pese a las críticas de los humanistas. Lobera propone el uso del romance equiparando su lengua a los idiomas clásicos de la Antigüedad, saliendo al paso de los humanistas alcaláinos. Con estas palabras eleva el vulgar al rango de las humanidades: «Sé -confiesa Lobera- que no han de faltar murmuradores, y que unos dirán que hice mal en escribir en nuestro vulgar. No curando que Marco Tulio (...) quiso ennoblecer la lengua latina escribiendo en ella la filosofía de los griegos. E Hipócrates, primer sembrador de buena medicina, escribió en su materna lengua jónica (...) y Cornelio Celso, tenido por latino Hipócrates en el latín en que se crió». A partir de estas premisas, el romance castellano quedaba equiparado como lengua científica, y su valor en medicina plenamente justificado.

En determinadas circunstancias no fueron los médicos del período reseñado ajenos a la filosofía natural, al ensayismo filosófico, incluso hubo profesionales con clara vocación literaria, religiosa o política. Este panorama, unido a la labor de los humanistas y cirujanos,

traductores unos, artesanos otros, deparan un cuadro rico y complejo lleno de sugerencias en torno a la medicina, lengua y sociedad castellana del Renacimiento. La complejidad y densidad de un acercamiento a un tema tan amplio exigía en este acto académico someter a escueto resumen, de unos pocos nombres y hechos, un panorama que de suyo ofrece motivo de amplia reflexión historiográfica para cualquier investigador de la cultura española del período señalado. Cuanto aquí se ha dicho es fruto de anteriores estudios, de quienes dedicaron especial cuidado al tema Humanismo y Medicina en la cultura española del siglo XVI.

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Autoridades,
Ilmos. Sres. Académicos,
Sras. y Sres.

Construyo para mí una gran satisfacción contestar al discurso de ingreso que acaba de pronunciarse en esta Ilustre Corporación, el académico electo Profesor D. Juan Riera Palomares.

La magnífica exposición que acabamos de escuchar sobre *Medicina, Humanismo y Lengua en Castilla*, muestra una árdua labor de investigación llevada a cabo por el profesor Juan Riera Palomares en nuestra Universidad. No refiere al médico y su activa participación en el ámbito del, cultura y científico de la Corona de Castilla en el siglo XVI, sino al conjunto de la cultura y científico de la Corona de Castilla y a su relación con el mundo de la cultura y científico de la Corona de Castilla y a su relación con el mundo de la cultura y científico de la Corona de Castilla.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ILMO. SR. DR. D. CLAUDIO MIGUEL GARCÍA MUÑOZ

Académico de Número

El nuevo siglo de la cultura y científico de la Corona de Castilla, primero el nuevo general de la vida social, política y cultural castellana, para entrar legítimamente a valorar, con acierto, el relevante momento que nuestros médicos hispanos ocupan en el concierto de la Europa del siglo XVI. El siglo de la medicina en Castilla fue creación al desarrollo del nuevo urbanismo, mercantil y mercantil, a ambas halves del Guadalupe, desde Guadalupe a Toledo, en la región del Duero, Segovia, Burgos y Naves del Campa. La sociedad renacentista en Castilla mantuvo un intenso dinamismo hasta bien entrada la centuria. Hicieron suya la contribución científica de nuestros médicos y cirujanos.

El profesor Juan Riera ha elegido como tema de su discurso uno de los momentos más fecundos de la medicina española, acaso porque como médico e historiador de la medicina, percibe en alta estima la figura del médico renacentista, portador de pedagogía de todos los tiempos.

Excmo. Sr. Presidente.
Excmas. e Ilmas. Autoridades.
Ilmos. Sres. Académicos.
Sras. y Sres.

Constituye para mí una gran satisfacción contestar al discurso de ingreso que acaba de pronunciar en esta ilustre Corporación, el académico electo Profesor D. Juan Riera Palmero.

La magnífica exposición que acabamos de escuchar sobre *Medicina, Humanismo y Lengua en Castilla*, resume una amplia labor de investigación llevada a cabo por el profesor Juan Riera Palmero en nuestra Universidad. Se refiere al médico y su activa participación en el auge social, cultural y científico de la Corona de Castilla en el siglo XVI. La medicina castellana del *Quinientos* constituye uno de los capítulos más brillantes y fecundos de nuestro pasado cultural y científico. Una amplia presencia de médicos y cirujanos contribuyeron a afianzar con su obra la lengua como vehículo de información científica. El nuevo académico electo ha dibujado en su exposición, primero el marco general de la vida social, política y cultural castellana, para entrar seguidamente a valorar, con acierto, el relevante testimonio que nuestros médicos humanistas cumplieron en el concierto de la Europa del siglo XVI. El auge de la medicina en Castilla fue coetáneo al desarrollo del marco urbano, económico y mercantil, a ambas laderas del Guadarrama, desde Guadalajara a Toledo, en la región del Duero, Segovia, Burgos y Medina del Campo. La sociedad renacentista en Castilla mantuvo un intenso dinamismo hasta bien entrada la centuria, siendo notoria la contribución científica de nuestros médicos y cirujanos.

El profesor Juan Riera ha elegido como tema de su discurso uno de los momentos más fecundos de la medicina española, acaso porque como médico e historiador de la medicina, pondera en alta estima la figura del médico renacentista, prototipo de profesional de todos los tiempos.

Desde su Valencia natal, donde cursó estudios de enseñanza secundaria en el antiguo Colegio de San Pablo, obtuvo el grado de Licenciado en Medicina en el Estudio General de Valencia, en 1962, pasando a doctorarse en la Universidad de Salamanca en 1964 con el Premio Extraordinario, bajo la dirección de su maestro, el profesor Luis Sánchez Granjel. En la Facultad de Medicina de Salamanca desempeñó docencia de Historia de la Medicina, como profesor adjunto de la disciplina entre 1963 y 1970, tarea que simultaneó con la labor docente en la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

XX A lo largo de estos años, Juan Riera Palmero aprendió el oficio de historiador, centró su actividad investigadora en el pasado de la medicina en España y afianzó su vida familiar. Al lado del maestro Luis Sánchez Granjel, aprendió no sólo las técnicas y métodos historiográficos, sino la obsesión por el orden y la claridad del trabajo intelectual. Más aún, el Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad de Salamanca dedicaba su interés primordial al pasado de nuestra medicina, poco estudiada y escasamente atendida, esta razón explica que sea la incitación hispánica el eje fundamental de la labor histórico-médica del profesor Juan Riera Palmero. Nuestro académico electo ha volcado todo su interés y afán erudito en profundizar en la medicina española y su comunicación con la ciencia europea y la América española. Para el profesor Pedro Laín Entralgo, como escribió en los años ochenta, Juan Riera es un riguroso y concienzudo historiador de la medicina. En palabras de Luis Sánchez Granjel, las virtudes del nuevo académico electo, la constancia y la tenacidad, unido a su capacidad, le han permitido ostentar un lugar de privilegio en el panorama de la historia de la medicina en España. La profesora Mercedes Sánchez Granjel elogiaba el mérito de Juan Riera, a quien la historia de la medicina debe la ardua tarea de haber retomado las fuentes de archivo como recurso obligado en las tareas de investigación histórico-médica. Es evidente que, bajo estas laudatorias palabras, late una obra personalísima y sólida, independiente y alejada de sectarismos, anclada en la mejor tradición de las fuentes documentales. Bastaría señalar que algunos de sus más de medio centenar de libros son ya clásicos en el panorama histórico-médico, de cita y consulta obligada.

XX Es autor además, como docente, de uno de los mejores manuales de la disciplina, *Medicina, Historia y Sociedad*, libro buscado y agotadísimo por su excelente claridad pedagógica. No en balde, Juan Riera está plenamente convencido que el lugar de la disciplina son las Facultades de Medicina. Como decía Guy Beaujouan, eminente hispanista, la historia de la medicina es asunto preferentemente de los médicos, cuya tarea en la disciplina es insustituible. Juan Riera, formado en el Instituto de Salamanca, valora la historia de la medicina como una parte de la cultura, dado que el médico como profesional, y los estados de salud y enfermedad, comprometen cualquier aspecto de la vida humana.

El nuevo académico electo considera la historia de la medicina con un enfoque social, cuyo estudio constituye una tarea compleja y sugerente. Pretende abarcar el pasado de la salud y enfermedad como una parte inseparable de la vida humana. En palabras del profesor Juan Riera:

«Desde varias instancias y por prestigiosos tratadistas, hoy se está plenamente de acuerdo, frente a la visión positivista del siglo XIX, en que la Medicina no es ni puede concebirse en modo alguno como una ciencia natural. Aunque la Medicina es un saber científico, con técnicas instrumentales y conocimientos específicos, es al mismo tiempo una profesión, una actividad humana con unos rasgos sociales muy acusados. La Medicina y el médico utilizan y se sirven de técnicas y saberes científicos, pero su finalidad es profundamente social: la ayuda al semejante enfermo. No sólo el médico, sino la sociedad, se halla interesada, y en buena medida comprometida, con el problema de la salud y enfermedad. El carácter social de la Medicina nos obliga, como médicos y como historiadores, a preocuparnos por el pasado de la salud y enfermedad, por la acción y el pensamiento médico y su entorno, en suma, por la colaboración entre el médico y la sociedad para resolver los problemas de la salud, el bienestar y la enfermedad.»

La Medicina está estrechamente relacionada, como saber y técnica, con la Ciencia en general, incluso con el pensamiento

filosófico y las restantes áreas de la cultura humana. La reflexión en torno a las relaciones históricas y actuales, de la Medicina con el progreso técnico y científico, deberá servir para la mejor comprensión de la situación de la Medicina y el médico en el ámbito del saber y la actividad humana. El valor pedagógico de la Historia de la Medicina consistiría, como señaló T. Puschmann, en mostrar las mutuas relaciones, a través del tiempo, que todo avance médico tiene con el resto de la Ciencia y los saberes humanos. El nivel técnico y científico de la Medicina refleja, en buena medida, el progreso de la Ciencia en general, del cual depende.

Como en su vida vaticinó H. Cushing, la aparición del especialismo ha supuesto una atomización de la Medicina y, en este sentido, la Historia de la Medicina puede tener enorme interés integrador en la formación de los futuros médicos en tanto ofrece una imagen unitaria de las diferentes disciplinas, subrayando las mutuas relaciones e influjos, y contribuyendo a la comprensión de las estrechas dependencias que tienen entre sí las especialidades, y la Medicina como un todo, con la sociedad en la que el médico ejerce su cometido curador. La Historia de la Medicina no sólo ampliará la vertiente humanista de los profesionales, sino que servirá y puede servir de síntesis unitaria entre las diversas ramas de la Medicina. Entender la Medicina como un todo debe ser una tarea fructífera en una era de creciente especialización».

Cuanto se ha dicho resume la concepción de nuestro académico electo en orden al papel que la historia de la medicina debe jugar en la formación universitaria de nuestros profesionales.

El nuevo académico electo pertenece, por su labor, muchos años desempeñada, y vinculación, a la escuela de Salamanca, a la primera generación de historiadores de la medicina española que ingresaron como docentes en la Universidad. Cuando en los años sesenta nuestro académico electo se desplazó a Salamanca, en 1963 sólo existían dos cátedras: Madrid, cuyo titular era Pedro Laín Entralgo, y Salamanca, desempeñada por Luis Sánchez Granjel. Es por ello que a lo largo de

casi cuarenta años de labor continuada, Juan Riera Palmero ha llevado a cabo una amplísima labor personal y de grupo, promoviendo publicaciones, congresos y suscitando renovado interés entre los futuros doctorandos. La formación del profesor Juan Riera Palmero se ha visto enriquecida gracias a las becas y ayudas recibidas, recordemos que fue asistente en el Instituto de Historia de la Medicina en la Universidad de Heidelberg (1962), becario de la Fundación Wellcome de Londres (1965) y profesor invitado por la Universidad Federico II de Nápoles. La labor de publicista, amén de reseñas, artículos y notas que superan los dos centenares, reúne un conjunto de monografías, libros, ediciones de clásicos, ponencias y comunicaciones realmente envidiable. Es miembro de Honor de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, y en su haber figuran premios como el recibido del Instituto Carlos III de Madrid por sus estudios sobre la historia del paludismo, de la Generalidad de Cataluña, por la tarea sobre la medicina y cultura medieval, así como del Instituto de Estudios Catalanes por los trabajos sobre la historia de la Fisiología en España y América. Es miembro de número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (Guipúzcoa), por sus trabajos sobre la medicina y cirugía peninsular y la proyección vascongada en el virreinato de Nueva España en el siglo XVIII. Ha contribuido con extraordinario rigor, a través de la documentación del Archivo General del Reino de Simancas, al conocimiento de la relación científica de la medicina y cirugía española con la Europa del Siglo de las Luces. En el proyecto americanista figura su vinculación a la Sociedad de Historia de la Medicina Hispanoamericana, de la cual es hoy su primer vicepresidente, valga afirmar que es uno de los escasos autores españoles que colabora en la Historia General de la Medicina en México, editada por la Real Academia Nacional de Medicina de México, y la UNAM, Universidad, hoy una de las más prestigiosas de lengua española.

El prestigio como docente e investigador de Juan Riera lo avala el favorable juicio de la Academia Nacional de Medicina de México en estas palabras que resumimos:

«Considerando su trayectoria académica y su conocimiento en el tema, tenemos el gusto de hacerle una forma y cordial invitación para que participe como autor en el volumen dedicado a la medicina novohispana en el siglo XVIII (1700-1833), de la obra *Historia General de la Medicina en México*, editada por la Facultad de Medicina UNAM y la Academia Nacional de Medicina, que constará de seis volúmenes, de los cuales dos ya han sido publicados (*México Prehispánico* y *La medicina novohispana del siglo XVI*), desarrollando el capítulo *La medicina española*».

La atención de los historiadores de la medicina a la documentación de los archivos ha abierto nuevos horizontes en la historiografía médica actual, hasta hace poco limitada al estudio de las fuentes impresas. En esta revalorización de las fuentes documentales la labor realizada por Juan Riera ha sido decisiva. Catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valladolid, al igual que el resto de los historiadores formados al lado de Granjel, Riera ha dedicado su obra al estudio de la medicina española. La utilización sistemática de los recursos del Archivo General de Simancas en sus investigaciones, ha hecho que los fondos documentales de este archivo sean hoy los mejor conocidos para la historia de la medicina. La actividad investigadora de Riera ha atendido también al esclarecimiento de temas muy poco conocidos en la historiografía médica: la obra de dos de los médicos españoles más conocidos en Europa durante los siglos XVI y XVII (Luis Mercado y Juan Valverde de Amusco), las conexiones europeas de la cirugía española ilustrada, la introducción de la antisepsia en España o la crisis ideológica que el positivismo médico desencadenó en la medicina catalana de finales del siglo XIX. Su experiencia docente ha culminado en la publicación de su valioso manual, que une a la claridad expositiva una nunca olvidada preocupación por integrar el estudio de los distintos problemas epistemológicos y sociales del acto médico, en las necesidades intelectuales de un profesional de las ciencias de la salud.

La Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Valladolid, bajo la dirección del profesor Riera Palmero, con la muy valiosa participación de un grupo bien adiestrado de colaboradores, ha llevado a cabo en las últimas décadas una labor de investigación sostenida, rigurosa, fructífera, de la que son testimonio sobre todo los sesenta volúmenes de la colección *Acta Histórico-Médica Vallisoletana*, a los que habría que sumar las publicaciones de la serie *Cuadernos Simancas de Investigaciones Históricas* y los que recogen los frutos de coloquios y jornadas como *Cien años de Medicina Vallisoletana* (1989) y *Ciencia, Medicina y Sociedad en la España ilustrada* (1990).

Resulta imposible ya, en el reducido ámbito de esta contestación, comentar, ni siquiera transcribir, los títulos de los volúmenes de estas colecciones. La obra historiográfica del profesor Riera Palmero constituye, y no es discutible formularlo como lo hago, la más copiosa y valiosa contribución al conocimiento del pasado médico nacional. Riera Palmero ha sido, lo es en el momento actual, el efectivo continuador de la labor que hasta promedir la década de los años setenta fue recogida en los *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*.

En los años noventa el profesor Luis Sánchez Granjel hizo una valoración global de la contribución científica del doctor Riera, de la que reproducimos las siguientes palabras:

«Debo confesar que su ejemplo, su tenacidad, me han reconfortado en más de un momento de desaliento; hubo una época en que el profesor Riera fue colaborador mío en Salamanca; hoy soy yo quien colabora con él y han sido iniciativas suyas las que me han devuelto a un campo de trabajo, el de la historiografía médica, que pensé abandonar tras la redacción de la *Historia General de la Medicina Española* y mi jubilación en las tareas académicas. Una y otra vez, el profesor Riera me exponía la necesidad de que la historiografía médica española volviese a disponer de un auténtico órgano de intercambio, capaz de recoger esa labor que no puede ser convertida en libro o monografía. Por sugerencia suya realicé las gestiones que permitieron convertir una publica-

ción de ámbito limitado, los *Cuadernos de Historia de la Medicina Vasca*, en una revista con más amplia frontera, capaz de acoger todo el pasado de la Medicina peninsular; lo que fue deseo inicialmente suyo, consiguió adhesiones y la publicación en que va a reproducirse esta nota bibliográfica es la primera materialización de tal propósito. El Consejo de Dirección de estos *Cuadernos* son un nuevo bloque de historiadores españoles coincidentes en un mismo deseo, animados en colaborar en una misma empresa».

Querido Juan, es para mí una gran satisfacción recibirte hoy en nuestra Real Academia como miembro electo, así como haber contestado a tu discurso de ingreso. Es mucho lo que hemos aprendido al escuchar tu brillante exposición, esta Real Academia te recibe con mucho cariño no sólo como profesor de Historia de la Medicina, sino también como pensador independiente e ilustrado.

Permíteme pedirte que continúes en la línea de investigación que has venido desarrollando hasta el presente, es mucho lo que puedes ofrecernos, todos confiamos en que ocupes esta tribuna con nuevas aportaciones a la Historia de la Medicina, no sólo de Valladolid, sino también a todos los campos de la misma que tú tan bien conoces y dominas.

He dicho.

INDICE GENERAL

Discurso del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Riera Palmero	7
Discurso de contestación del Ilmo. Sr. Dr. D. Claudio Miguel García Muñoz	51



Se acabó de imprimir este Discurso del
Ilmo. Sr. D. Juan Riera Palmero en
Ediciones Grapheus el día 19 de Marzo
de 2002, festividad de San José.